



Ruta literaria
Cuentos

Aunque Blasco Ibáñez es más conocido por la gran difusión de sus novelas, no debe olvidarse que de su pluma surgieron numerosos cuentos, algunos de singular relieve, que el escritor fue reuniendo en libros como *Cuentos valencianos* (1896), *La condenada y otros cuentos* (1900) y *Luna Benamor* (1909). A partir de algunos relatos incluidos en tales volúmenes es posible perfilar dos itinerarios interesantes por Valencia.

Ruta 1

1. Plaza de toros

Un domingo de julio sofocante; una tarde en que las calles de Valencia parecían desiertas, bajo el sol ardoroso y un viento de hoguera que venía de las tostadas llanuras del interior. Toda la gente estaba en la corrida de toros o en las orillas del mar.

En este itinerario, llegaremos al centro histórico de la ciudad partiendo desde el sur. Como referente nos sirve el cuento «Un hallazgo», en el que el reo *Magdalena*, después de salir de la cárcel, es “reclutado” por el feroz Chamorra para cometer un robo, aprovechando que los dueños de la vivienda podrían estar asistiendo a una corrida de toros. Estarían, pues, en el coso de la calle Xàtiva, lugar que abrió sus puertas por primera vez al espectáculo taurino el 22 de junio de 1859. Hasta entonces los aficionados a la fiesta habían tenido que acudir a la plaza del Mercat o a otras plazas de la ciudad donde se levantaban construcciones desmontables. Pero por iniciativa del gobernador Melchor Ordóñez, en 1850 empezó a construirse la plaza actual, según el proyecto de Sebastián Monleón Estellés, en el lugar donde previamente había habido otro coso sin acabar de construir.



Declarado Monumento Histórico Artístico Nacional en la década de los 80, el edificio está inspirado en el anfiteatro de Nimes, y su factura neoclásica se complementa con el estilo neomudéjar reconocible en el ladrillo cara vista usado para realizar los 384 arcos (escarzanos en la planta baja, y de medio punto en los tres pisos superiores) que se abren en su fachada.

Blasco Ibáñez acudió como espectador a las gradas de la plaza de toros en pocas ocasiones. A lo largo de su vida mantuvo una actitud ambigua hacia la tradición taurina, aunque las pinceladas con que describe dicho espectáculo en la novela *Sangre y arena* no le representan ni mucho menos como un aficionado entusiasta.

2. Puerta de San Vicente

En la puerta de San Vicente se animó viendo caras amigas; fematers de categoría superior, dueños de una jaca vieja para cargar el estiércol y sin otra fatiga que tirar del ramal, gritando por las calles el famoso pregón: «Ama, hi ha fem?».

Por la misma calle Xàtiva, proseguimos hacia el oeste, hasta cruzarnos en la ruta que supuestamente seguía el protagonista del cuento «*El femater*». Recordemos que, siendo muy niño, Nelet era enviado a la ciudad para recoger estiércol y contribuir, de ese modo, a la supervivencia familiar. Procedía de la huerta del sur de Valencia, y en su avance debía toparse con la puerta de San Vicente. Situada enfrente de la iglesia de San Agustín, en lo que hoy es la plaza del mismo nombre, era una de las doce puertas (de los cuatro *portals grans*) que se abrían en la vieja muralla cristiana de la ciudad. Esto es, entre 1356 y 1370, manteniéndose como protección la primitiva muralla islámica, se construyó otra fortificación (con un perímetro de 4 km) que incorporara los nuevos arrabales y cuyas puertas permitían una mejor comunicación. La de San Vicente se configuraba como un torreón con puerta dintelada que fue derruido el año 1830. La vendría a sustituir otra con tres huecos, sobre la cual se colocaron las esculturas de San Vicente Mártir y San Vicente Ferrer, orientadas en dirección inversa y realizadas por el artista de origen francés Carlos José Cloostermans.

3. Cárcel de San Agustín

Salían a conversación todos los amigos que se hallaban ausentes por voluntad o por fuerza: el tío Tripa, que había muerto hecho un santo después de una vida de trueno; los Donsainers, huidos a Buenos Aires por unos golpes tan mal dados, que el asunto no se pudo arreglar aun mediando el mismo gobernador de la provincia; y la gente de menor cuantía que estaba en San Agustín o San Miguel de los Reyes, inocentones que se echaron a valientes sin contar antes con buenos protectores.



En las inmediaciones de la plaza de San Agustín, más concretamente junto a la iglesia del mismo nombre y el solar del edificio de Hacienda (calle Guillem de Castro), se asentaba otro espacio, ya desaparecido (se demolió en 1904), que se menciona en el cuento «*Guapeza valenciana*». Los hermanos Bandullo y Pepet, tras decidir firmar las paces, marchan a compartir una paella en una alquería del camino de Burjassot. Les acompañan otros “*guapos*” y “*valientes*”, aunque todos lamentan la ausencia de otros colegas de profesión que han terminado en presidio. Esa era la función que desempeñó durante una época el monasterio de San Miguel de los Reyes, actual sede de la Biblioteca Valenciana, y también acabó teniendo un edificio religioso como el convento de San Agustín.

Fue construido durante el siglo XIV, y tenía dos claustros, lo que denota sus grandes dimensiones. Pero, a consecuencia de la desamortización de Mendizábal, se convirtió en penal, siendo los propios reos quienes se ocuparían de su reforma, pues en 1812 fue utilizado como cuartel por las tropas napoleónicas y las instalaciones se hallaban bastante deterioradas. La escasa altura de sus muros exteriores y las escasas condiciones de

seguridad, que propiciaban las fugas repetidas de los presos, aconsejaban su venta para construir un nuevo recinto carcelario. Sin embargo, tras su demolición, en el espacio que ocupaba se instaló el primer mercado de abastos de la ciudad.

4. Cafetín del Cubano

Buenos parroquianos tuvo aquella mañana el cafetín del Cubano. La flor de la guapeza, los valientes más valientes que campaban en Valencia por sus propios méritos; todos cuantos vivían a estilo de caballero andante por la fuerza de su brazo, los que formaban la guardia de puertas en las timbas, los que llevaban la parte de terror en la banca, los que iban a tiros o cuchilladas en las calles, sin tropezar nunca, en virtud de secretas inmunidades, con la puerta del presidio, estaban allí, bebiendo a sorbos la copita matinal de aguardiente, con la gravedad de buenos burgueses que van a sus negocios.

El dueño del cafetín les servía con solicitud de admirador entusiasta, mirando de reojo todas aquellas caras famosas, y no faltaban chicuelos de la vecindad que asomaban curiosos, a la puerta, señalando con el dedo a los más conocidos.

Otra vez el cuento «Guapeza valenciana» nos sirve para transitar desde la plaza de San Agustín a la avenida del Oeste. Apenas penetramos en ella, en la esquina de las calles Nuestra Señora de Gracia y del Grabador Selma, damos con el lugar donde estuvo ubicado ese cafetín al que alude el narrador y que por la naturaleza de sus clientes no debía ser un establecimiento de muy buena reputación. Este local de bebidas ya desaparecido estaba abierto años antes de su reforma en 1903, fecha en que se anunciaba en *El Pueblo*, destacando el precio económico de sus licores y, en especial, la calidad de sus botellas de absenta y vermut. En septiembre de 1907, sin embargo, en el mismo diario se publicitaba el traspaso del negocio.

5. Convento de San Gregorio

Durante el día, con el bélico instrumento colgando de su cuello o acariciándolo con una punta de la blusa para que perdiese el vaho con que lo empañaba la humedad de la cárcel, iba por todo el edificio, antiguo convento en cuyos refectorios, graneros y desvanes amontonábase con sudorosa confusión cerca de un millar de hombres.

Conectando con la calle San Vicente Mártir, en dirección norte llegaremos al lugar donde actualmente se levanta uno de los teatros más populares de la ciudad. Por azares del destino, en el solar que ocupa el Olympia estaba ubicado un penal donde Blasco Ibáñez estuvo encarcelado en varias ocasiones por sus artículos y campañas periodísticas contra el régimen de la Restauración. Es cierto que dentro del recinto su situación era mucho mejor que la que padecía el reo *Magdalena* en el cuento «Un hallazgo», pero sus impresiones sobre el estado de San Gregorio se ajustaban a la realidad.

Tras la desamortización de Mendizábal se convirtió en prisión un edificio que había tenido una larga



Al transitar por la plaza del Ajuntament, no podemos perder la ocasión de visitar en el mismo edificio consistorial el Museo Histórico Municipal, donde se exhiben valiosas piezas del patrimonio histórico y artístico de la ciudad.



historia. Sus orígenes están vinculados con el intento de sacar de la calle a las «mujeres públicas pecadoras» (s. XIV). A mediados del XVI dichas mujeres eran conducidas en determinadas festividades hasta la Casa de Arrepentidas, con una finalidad caritativa y tendente a fomentar su reinserción. Pero conforme se fueron imponiendo las doctrinas de la Contrarreforma, la Casa se transformó en convento (1601), ofreciendo a las arrepentidas la opción de dedicarse a la vida religiosa.

El convento-penal de San Gregorio se derribó en el año 1911, coincidiendo con la inauguración de la Cárcel modelo. En su lugar, anunciaba la prensa de la época, «está proyectado construir una manzana de casas modernas para revitalizar esta céntrica zona. Igualmente se piensa edificar un teatro que será bautizado con el nombre de Olympia» (*Las Provincias*).

6. Calle de las Barcas

Bien decía [Pepet] el ribereño que no tenía miedo ni le inquietaban los Bandullos. No había más que verle a las once de la noche marchando por la calle de las Barcas con desembarazada confianza.

A pocos metros de distancia de la calle San Vicente, se halla la plaza del Ajuntament, que cruzaremos para llegar a la calle de las Barcas. Hubo un tiempo en que, si no se tenía la valentía de personajes como el “guapo” Pepet, del cuento «Guapeza valenciana», podía ser peligroso transitar por dicha vía. Era una calle que lindaba con el antiguo barrio de Pescadores, zona donde antaño se instaló la gente que vivía de la pesca y los calafates, pero que progresivamente se fue transformando en un lugar donde se ubicaron cafetines, tabernas y prostíbulos, y con ello empezaron a ser frecuentes las peleas, escándalos y crímenes, hasta que, en 1907, se procedió a la demolición del barrio y su reordenación urbana.

Esta calle, también conocida en otro tiempo como de Vall Cubert (al pasar por allí una acequia que transportaba las aguas residuales de la ciudad: el Valladar), era más larga que en la actualidad: arrancaba en la plaza del Ajuntament y se remontaba hasta las proximidades de la plaza de Alfons el Magnànim.

En el número 30 de esta vía se hallaba la librería de viejo de Francisco Sempere, quien fue amigo y socio editorial de Blasco Ibáñez. Casi inmediato a dicho establecimiento, estaba el Café Español o de Iborra, en la esquina de la calle de las Barcas y Pascual y Genís, lugar desde el que un grupo de seguidores de Rodrigo Soriano perpetró un atentado contra el novelista el 11 de septiembre de 1905.

7. Subida de la Morera

[Pepet] estaba ya en la subida de la Morera, cuando sonó un disparo y el valentón sintió el golpe en la espalda, al mismo tiempo que se nublaba su vista y le zumbaban los oídos.

Justo enfrente del mentado Café Español, se hallaba uno de los lugares hoy en día más transitados de la ciudad y donde era abatido el protagonista del cuento «Guapeza valenciana» por los hermanos Bandullo. Nos estamos refiriendo a la subida de la Morera, un espacio inmediato a donde se levanta en la actualidad el edificio del Banco de Valencia (La Caixa), al otro lado



En el número 14 de la calle Don Juan de Austria, Blasco Ibáñez instaló en 1894 su domicilio y la redacción del diario *El Pueblo*, por lo que conocía muy bien el barrio de Pescadores.

del teatro Principal. Ya en documentos del siglo XIV se habla de la existencia de una morera que lindaba con la casa de un tal Pere Puig, por lo que el lugar donde se hallaba recibía el nombre de plaza de la Morera de Pere Puig. Cuando el viejo árbol se taló en 1767, en su sitio se plantó otra morera que sobreviviría hasta el último tercio del XIX. Esta segunda morera conoció, por tanto, cómo la plaza de Pere Puig se convertía en de las Barcas y en ella estaba la fuente de las tres Gracias, desplazada con el tiempo a la plaza de Rodrigo Botet.

8. Colegio del Patriarca

Todos los valencianos hemos temblado de niños ante el monstruo enclavado en el atrio del Colegio del Patriarca, la iglesia fundada por el beato Juan de Ribera. Es un cocodrilo relleno de paja, con las cortas y rugosas patas pegadas al muro y entreabierta la enorme boca, con una expresión de repugnante horror que hace retroceder a los pequeños, hundiéndose en las faldas de sus madres.

Tomando como referencia las primeras líneas del cuento «El dragón del Patriarca», dirigimos a continuación nuestros pasos hacia la calle de la Nau, para llegar hasta el Colegio Seminario del Patriarca, conocido también como Real Colegio del Corpus Christi. Declarado Monumento Histórico Artístico Nacional en 1962, esta edificación fue promovida por Juan de Ribera, arzobispo y virrey de Valencia, que quiso fundar un seminario para la formación de sacerdotes según las pautas de la Contrarreforma y, además, intervino directamente en el diseño del proyecto arquitectónico y en la elección de los artistas y constructores que intervendrían en su construcción.

El colegio se levantó en apenas veinticuatro años (1586-1610), y pese a que su fachada transmite una sensación de austeridad, en su interior se guardan valiosos tesoros. Son dignos de mención los frescos de Bartolomé Matarana para su iglesia y el claustro renacentista, de Guillén del Rey, con columnas de mármol genovés. Pero no deben olvidarse los contenidos de su archivo, ni las obras pictóricas de Ribalta, el Greco o Joan de Joanes que alberga su museo o los espléndidos tapices restaurados recientemente y que engalanan la Capilla de los Tapices.

Con todo, una de las curiosidades del edificio es el caimán disecado que, como dice el narrador del cuento citado, está colgado en el muro de la izquierda del atrio o zaguán y dio pábulo a la creación de una leyenda con acentos casi épicos.

9. Pouet de Sant Vicent

Su león era una gloria tan respetable como la Lonja de la Seda o el Pozo de San Vicente.

Para llegar a la última parada de este primer itinerario, avanzamos por la calle de la Nau hasta la plaza de Alfons el Magnànim, desde donde, cruzando la calle de Paz, alcanzaremos la del Mar. Nuestro destino es la casa natal del patrón de Valencia, San Vicente Ferrer, comprendida entre la



citada calle del Mar y la del Pouet. De dicho edificio, mencionado como una auténtica institución para los valencianos en el cuento «El último león», no queda más que el solar donde se levanta la nueva edificación de mediados del siglo xx, en estilo neogótico. En el nuevo edificio sobresalen espacios como el vestíbulo, en cuyas paredes se representan escenas diversas de los



milagros atribuidos a Sant Vicent, plasmadas gráficamente en los azulejos cerámicos de Manises del siglo xviii. Esta dimensión religiosa es la que eclipsa el posible valor histórico de una casa que en su día perteneció al gremio de los boneteros o a la orden de los dominicos. La piedad cristiana reivindica los portentosos milagros del santo, y entre ellos sobresale el relacionado con el antiguo pozo que había en la casa familiar. Es el de “la sabateta”, mediante el cual el niño Vicent provocó la subida del agua del pozo hasta su borde para que pudiese recuperar un amigo suyo el zapato que le había caído en el fondo. Según la tradición, las aguas de aquel pozo eran inagotables e incluso podían ser consuelo para los afligidos.

Ruta 2

1. Puente de San José

Y como prueba de que no tenía miedo, al pasar el puente de San José y meterse todos en la ciudad, amenazó con un par de guantadas al que intentara acompañarle.



En este segundo itinerario, llegaremos hasta el centro histórico de la ciudad, partiendo desde el oeste y cruzando el cauce del Turia a través del mismo puente por el que discurría el *roder* que protagonizaba el truculento relato, ya citado, de «Guapeza valenciana». El puente de San José ha conocido varias denominaciones a lo largo del tiempo. Construido a lo largo del siglo XIV con estructura de madera, se le conoció como Palanca del Cremador por su proximidad a un antiguo crematorio. La riada de 1517 le dañó gravemente, por lo que hubo que buscar como solución el empleo de sillería. Entre 1604 y 1607, Jerónimo Negret y Sebastián Gurrea dirigieron la construcción del puente de piedra, que pasaría a reconocerse también como Puente Nuevo, de la Santa Cruz o de la Zaidía, aunque la denominación que ha perdurado es la San José, nombre tomado de su cercanía al convento de San José y Santa Teresa, y al portal de San José destruido cuando las murallas de la ciudad en 1868.

2. Capilla del gremi dels blanquers

Apenas se reunió la junta del respetable gremio de los blanquers en su capilla, inmediata a las torres de Serranos.

Ya en la calle de Blanquerías, pocos metros después de rebasar el edificio donde se halla ubicada la Casa Museo Benlliure, es donde se levantaba la capilla mencionada por Blasco Ibáñez en el cuento «El último león». Más concretamente, ocupaba el número 22 de lo que fue antaño la calle Muro de Serrans. Este espacio ya desaparecido nos sirve para evocar dos motivos: uno, el del viejo oficio de *blanquer*, consistente en el curtido y tintado de pieles. Su emplazamiento cerca de la acequia de Rovella, se debe al hecho de que este trabajo necesitaba del uso de agua y, además, el empleo de sustancias con un olor muy fuerte aconsejaba situar la actividad en el extrarradio de la ciudad. De ahí que se hayan encontrado canalizaciones y balsas circulares que discurren próximas a la muralla.



En la Casa Museo Benlliure, de titularidad municipal, es posible recorrer las diversas estancias de la residencia del pintor, pero también su estudio y su jardín, así como admirar sus obras o las de sus hermanos y su hijo Peppino Benlliure.



El Retablo del gremi dels blanquers se exhibe, en la actualidad, en el Museo de la Ciudad, atractiva galería donde, además de las pinturas de artistas valencianos, es posible admirar esculturas, grabados y otras piezas relevantes en la historia de Valencia.

En segundo lugar, el gremio de los *blanquers* y sus símbolos distintivos poseen un sabor legendario, como nos demuestra el cuento citado. Según se cuenta, tras el robo de la custodia de Torreblanca por los moros de Tredeliz, en la última década del s. XIV, los *blanquers* tuvieron una intervención decisiva en el rescate de la Sagrada Eucaristía en manos de los piratas berberiscos. El auxilio obtenido por un milagroso león justifica la aparición de esta criatura tanto en la bandera gremial como en el óleo anónimo *Retablo del gremi dels blanquers* (1600).

3. Alamedas de Serranos

En pleno invierno salía de su barraca casi al amanecer camino del Seminario.

Pendiente de su diestra, en grasiento saquillo, lo que entre clase y clase había de devorar en las alamedas de Serranos; medio pan moreno con algo más que, sin nutrirle, engañaba su hambre; y cruzado sobre el pecho, a guisa de bandolera, el enorme pañuelo de hierbas envolviendo los textos latinos y teológicos que bailoteaban a su espalda como movable joroba.

Justo enfrente de la sede de los *blanquers*, se extienden las alamedas de Serranos de las que se habla en el cuento «Noche de bodas», a propósito del recorrido que realizaba Visantet desde la huerta al Seminario. Este futuro sacerdote, que en el relato siente una atroz insatisfacción vital al ver casada a Toneta, su amiga de la infancia, comía en los jardines que diseñaron Cristóbal Sales y Francisco Ferrer, y que están situados entre los puentes de San José y de la Trinidad, prolongándose en el margen derecho del Turia, entre las antiguas murallas cristianas y el pretil del río. Conocidos como alameditas de Serranos por su tamaño pequeño, desde 1832, en estos jardines alargados y estrechos es posible admirar diversas esculturas dedicadas, entre otros, a personajes de la talla de Federico Mistral, José Benlliure o Azorín.

Al igual que el personaje del cuento citado, Blasco Ibáñez volvería a evocar este espacio recoleto en la novela *Arroz y tartana*, en un momento en que la percepción del entorno adquiere tintes oníricos.



Las torres de Serranos, una de las puertas de la muralla cristiana, fueron construidas entre 1392 y 1398 por el maestro Pere Balaguer. Esta construcción almenada forma parte de la red municipal de museos y monumentos.

4. Real Audiencia/Palacio de la Generalitat

Los autos y Pillín le absorbían, y por las mañanas tenía que hacer un penoso esfuerzo para entregar el niño a la mamá y marcharse a la Audiencia... ¡Qué ministros los de Justicia! De seguro que no eran padres. Porque vamos a ver: ¿qué perdería la magistratura con que él llevase a Pillín a la Sala, sentándolo a su lado para que presenciara los triunfos del papá?



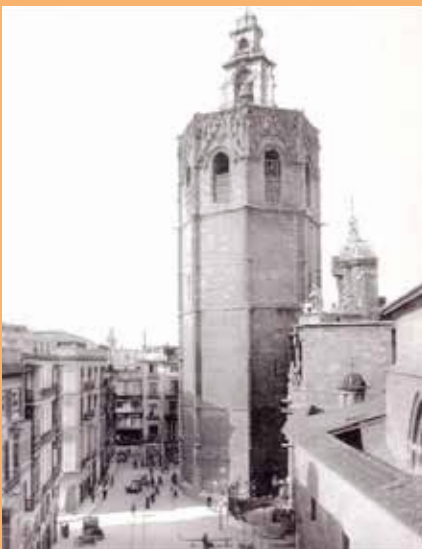
Prosiguiendo nuestro itinerario, pasaremos bajo las imponentes torres de Serranos para transitar por la calle dels Serrans hasta dar con la plaza de Manises. Nos estamos dirigiendo hasta el edificio que antaño albergó la Audiencia. Allí trabajaba, en el conmovedor relato «La caperuz», el fiscal Andrés García, personaje cuya rutina se vería sacudida tras el destino que le aguardaba a su amado hijo Pillín. Como ministro de la justicia se desplazaba a la Real Audiencia territorial, ubicada durante más de un siglo en el Palacio de la Generalitat. Curiosamente, el padre de Blasco Ibáñez, don Gaspar, deseaba ver a su hijo desempeñándose como abogado en el mismo edificio, el que fue sede de la Diputación General del Reino de Valencia hasta que fueron derogados los *Furs* a principios del XVIII. Sin embargo, nuestro novelista apenas llegó a ejercer como letrado, pues la política, el periodismo y la literatura le atraían mucho más.

El Palacio de la Generalitat empezó a construirse en 1421 y se vio ampliado en el siglo XVI, de ahí que, arquitectónicamente, tenga elementos pertenecientes a distintos estilos artísticos: gótico, renacentista y herreriano. Además, cuando la Real Audiencia se trasladó allí desde el Palacio del Real, en 1751, hubo que adaptar el espacio para su nueva misión, interviniendo como maestro de obras Vicente Clemente, y algunas décadas después, hacia 1830, tuvo que ser contratado el arquitecto Calatayud para practicar diversas reformas más ante el estado ruinoso de una parte del edificio.

En 1922 la Diputación Provincial vino a ocupar las instalaciones de la Audiencia. En la actualidad, más allá de sus funciones institucionales, el Palacio de la Generalitat conserva en su interior elementos artísticos valiosos, desde su escalera gótica, pasando por los techos de talla policromada del Salón Dorado y llegando a los frescos de la «Sala Nova» del Torreón.

5. Miguelete

Allí estaba como prueba la capilla gremial, y en ella el farol de popa de la nave, que los maliciosos sin conciencia afirmaban que era de muchos siglos después, y los atabales del gremio, y la gloriosa bandera, y las pieles apolilladas del león de los blanqueros, en las que se habían enfundado todos sus antecesores, olvidadas ahora detrás del altar, bajo las telarañas y el polvo, pero que no por esto dejaban de ser tan respetables y verídicas como los sillares del Miguelete.



Saliendo de la calle dels Cavallers, llegamos a uno de los enclaves más concurridos de la ciudad: la plaza de la Verge, donde podremos admirar la Basílica de la Virgen de los Desamparados y la Catedral. Precisamente, adosado a este último monumento religioso, se halla la famosa torre a la que aludía Blasco Ibáñez en el cuento «El último león».

El *Micalet*, denominado con este nombre porque es así como se llama la campana que marca las horas y fue bautizada el día de San Miguel Arcángel, es una torre campanario, octogonal gótico, que se construyó entre 1381 y 1429. Con 51 metros de altura hasta la terraza, se asciende en él por una escalera de caracol de 207 escalones.

Hubo un tiempo en que esta edificación formaba parte de un sistema de torres distribuidas por el litoral mediterráneo y desde las cuales se alertaba del ataque inminente de piratas berberiscos. Por la noche, con una hoguera (la *fumada*) se indicaba que no había novedades, pero con dos hogueras se avisaba de un peligro próximo, mientras que se proclamaba el desembarco enemigo arrojando la hoguera desde lo alto de la torre.

6. Calle de las Platerías

Y como digno final a aquella exposición, en lugar preferente, ostentábanse las joyas chispeando sobre la almohadilla granate de los estuches: las uvas de perlas para las orejas, los alfileres de pecho con sus complicados colgajos, las grandes horquillas de oro para los caracoles de las sienes, las tres agujas con cabezas de apretadas perlas que habían de atravesar el airoso rodete, y aquel aderezo, famoso en Beni-muslim, que la señá Tomasa había comprado en catorce onzas en la calle de las Platerías.

Transitaremos, a continuación, desde la plaza de la Reina hasta la iglesia de Santa Catalina, para entrar de lleno en un espacio urbano eminentemente comercial y turístico. Nos guía para ello el cuento «La cencerrada», donde se relatan los efectos que desencadena la boda de Marieta y, antes de llegar a ese punto, el narrador describe el vistoso ajuar y las joyas de la dote de la novia. Para su adquisición, la «señá Tomasa» acudió a la «calle de las Platerías». En realidad, el autor debía estar refiriéndose a una zona, ubicada entre las calles Martín Mengod y Derechos y la plaza Lope de Vega, en la que se instalaron populares establecimientos de joyeros hasta que se desplazó a otros lugares de la ciudad el centro neurálgico de la vida comercial. Blasco Ibáñez, nacido en la calle de la Jabonería Nueva (hoy, esquina de la calle Editor Manuel Aguilar con la avenida del Oeste), conocía sobradamente el trajín de mercancías de diversa naturaleza que se vendían tanto en la zona de Argentería o de las Platerías, como en la inmediata Plaza Redonda o el mismo mercado Nuevo.



7. Mercado

La Albufera, inmensa laguna casi confundida con el mar, llegaba hasta las murallas; la huerta era una enmarañada marjal de juncos y cañas que aguardaba en salvaje calma la llegada de los árabes que la cruzasen de acequias grandes y pequeñas, formando la maravillosa red que transmite la sangre de la fecundidad; y donde hoy es el Mercado extendiase el río, amplio, lento, confundiendo y perdiendo su corriente en las aguas muertas y cenagosas.

La última etapa de este trayecto desemboca en la plaza del Mercat, lugar que sirve de testimonio perfecto para destacar las profundas transformaciones experimentadas por la zona, y en general la ciudad. En «El dragón del Patriarca» hace referencia el narrador a la proximidad del Turia a esta plaza. Pero, asimismo, podemos enumerar los diversos usos que ha tenido a lo largo de los siglos este núcleo vital de la urbe valenciana. Allí se celebraron torneos caballerescos, corridas de toros (hasta 1743), pero también pregones, mítines, e incluso ejecuciones públicas, llegando a haber instalada una horca en mitad de la plaza.

El actual Mercado Central, inaugurado en 1928, vino a sustituir al Mercado Nuevo o de Los Pórticos, cuya inauguración data de 1839, respon-



Casa natalicia de Blasco Ibáñez, en el número 8 de la calle Jabonería Nueva.



diendo a la necesidad de abandonar progresivamente la venta al aire libre de los más diferentes productos comestibles.

En este entorno privilegiado sobresalen también otras espléndidas edificaciones como la iglesia de los Santos Juanes, donde fue bautizado Blasco Ibáñez, y la Lonja.

8. Lonja de la Seda

Su león era una gloria tan respetable como la Lonja de la Seda.

Recordemos que, en «El último león», el narrador magnifica la Lonja. En efecto, el edificio resulta una «gloria» muy respetable que preside la plaza del Mercat. Precisamente, su majestuosidad y artificio, que la convierten en destacado ejemplo de la arquitectura gótica civil, permiten ilustrar además la pujanza comercial y económica de Valencia del siglo xv. Fue ese el motivo que llevó al Consell General de la Ciutat a tomar, en 1469, la decisión de construir un edificio que viniera a reemplazar la antigua *Llotja de l'Oli*, ubicada en la plaza del doctor Collado. Era necesario contar con unas instalaciones adecuadas para acoger transacciones comerciales, sobre todo las sederas, así como para alojar el Consolat del Mar y la Taula de Canvis i Deposits. Es por eso que el edificio también fuera conocido como Lonja de la Seda o de los Mercaderes.



Su construcción se inició el mes de febrero de 1483, siendo Pere Compte (quien ya se había encargado del remate de la prolongación de la Catedral) uno de los maestros canteros principales en realizar una tarea que, en lo esencial, se vio terminada en unos quince años. Tiempo breve si se considera la belleza del conjunto monumental que cuenta, junto con el patio de los naranjos, con tres magníficas partes. Por un lado, el Pabellón del Consolat del Mar y el Torreón; luego, el Salón Columnario o Sala de Contrataciones, donde se instaló la Taula de Canvis y se distingue como espacio admirable en el que ocho columnas helicoidales, de 16 metros, se abren cual palmeras hasta formar quince bóvedas de crucería.

Entre los elementos arquitectónicos y artísticos que llaman nuestra atención, cabe aludir a las veintiocho gárgolas situadas en la parte superior del edificio o los cuarenta medallones de factura renacentista que, como un friso, figuran en el piso superior de la fachada del Pabellón del Consolat.

Merecidamente declarada por la UNESCO, en 1996, como Patrimonio de la Humanidad, la Lonja es actualmente museo municipal y destaca como uno de los lugares emblemáticos de la ciudad.



Actividades

Ruta 1

1. La relación distante, y en ocasiones crítica, hacia la tauromaquia, sitúa a Blasco Ibáñez en la línea de otros famosos intelectuales y escritores que, al menos desde el siglo XVIII, se mostraron contrarios a la fiesta nacional. Enumera algunos ejemplos, indicando los argumentos en que justificaban su actitud.

2. Además de ser el recinto estable donde se celebran las corridas de toros, ¿qué otros usos se le dieron al coso durante la Guerra Civil?

3. Sitúa sobre un plano de la Valencia amurallada las doce puertas de acceso al interior de la ciudad.

4. ¿Qué tipo de restos recogían personas como Nelet de las que hablaba Blasco Ibáñez en su cuento «*El femater*»? ¿Para qué eran utilizados tales desperdicios?

5. Un personaje recurrente en varios relatos breves de Blasco Ibáñez es el *roder*. Se trata de una figura que existió en la realidad de la época y de la que se servían, por ejemplo, los caciques («buenos protectores») para mantener su poder político. ¿Qué era un *roder*? ¿Por qué se le identifica con los “guapos” y “valientes”?

6. Tanto en sus cuentos como en sus novelas, Blasco Ibáñez advirtió de los efectos perniciosos del consumo de alcohol, insistiendo en la idea de que la bebida acentuaba la condición instintiva, el primitivismo, del ser humano. ¿Cómo influye el alcohol en la conducta de algunos personajes, por ejemplo, de *La barraca* o de *Cañas y barro*?

7. Tras sus repetidas estancias en prisión, Blasco Ibáñez escribió relatos de asunto carcelario. Entre ellos, el que se titula «Un funcionario» y cuyo protagonista es el verdugo. ¿Cuándo fue abolida la pena de muerte en España? ¿En qué otros países se mantiene este reprobable método sancionador?

8. En el cuento de «El dragón del Patriarca» Blasco Ibáñez trató con exquisita ironía la leyenda de un horrendo monstruo que devoraba a los habitantes de la ciudad. En el argumento de dicha historia, ¿quién y cómo conseguirá doblegar a la bestial criatura? No obstante, la realidad del dragón-caimán fue muy distinta. ¿Cómo llegó hasta Valencia dicho animal y por qué el arzobispo San Juan de Ribera decidió exponerlo en el atrio del Colegio?

9. Habiendo visitado la casa natal de San Vicent y tomando como referencia las estampas representadas en los azulejos que recubren las paredes del vestíbulo del edificio, resume tres milagros atribuidos al patrón de la ciudad.

Ruta 2

1. La imagen de San José, ubicada en el puente del mismo nombre y a la que las Falleras Mayores de Valencia realizan una ofrenda floral cada 19 de marzo, fue obra del escultor valenciano Octavio Vicent. ¿Qué otros monumentos de la ciudad realizó dicho artista? ¿En qué lugares están situados?

2. Sabrás que durante la Edad Media los artesanos tendían a agruparse gremialmente en determinadas zonas de la ciudad. De ello queda huella en el nombre de determinados barrios y calles de Valencia. Enumera al menos diez de estos topónimos y trata de ubicarlos en un plano urbano. Por ejemplo, calle Blanquerías, barrio de Velluters,...

3. Como se dice más arriba, en las alameditas de Serranos hay una escultura dedicada al escritor francés Federico Mistral. ¿En qué se basa la relación que mantuvieron con él ciertos autores de la Renaixença valenciana?

4. En el patio interior descubierto del Palacio de la Generalitat puede contemplarse una escultura de bronce realizada por Mariano Benlliure. ¿En qué célebre obra medieval se inspiró el escultor valenciano? ¿Quiénes son los personajes representados y en qué dura situación se hallan?

5. Ahora te animamos a investigar sobre una curiosa broma, documentada en 1461, que tuvo como escenario el Miguelete. Mientras se realizaban las obras de ampliación de la catedral, encargadas al maestro cantero Francisco Baldomar, sus obreros pretendieron burlarle subiendo una noche su burro hasta lo alto de la torre. ¿Qué explicación se dio al extraño suceso cuando el animal fue descubierto en dicho lugar? Ya que el asno se negaba a descender por las escaleras de caracol, ¿de qué forma se le pudo bajar?

6. Se dice con frecuencia que en la plaza del Mercat tuvo lugar la última ejecución llevada a cabo por la Inquisición en España: la de Cayetano (Gaetà) Ripoll. ¿Es correcto este aserto? ¿Por qué? ¿Quién era este profesor Ripoll y por qué motivos fue ajusticiado?

7. Aparte de su valor artístico y arquitectónico, la iglesia de los Santos Juanes es popular por la célebre veleta conocida como el *pardalot*. Ahora bien, ¿por qué motivos la tradición suele denominar también la iglesia como «la de los pillos»?

8. Como se indica más arriba, en la construcción de la Lonja participaron, junto a Pere Compte, otros maestros canteros (cada uno con sus respectivas cuadrillas). ¿Quiénes fueron estos maestros y cuál fue su principal aportación?

9. ¿Cuál es la función práctica que desempeñan las monstruosas gárgolas que nos miran desde arriba de la Lonja con expresión grosera? Sin embargo, ¿qué valor simbólico se les atribuyó a estas imágenes, también presentes en las catedrales, durante la Edad Media?